

aniquila, no concedió á los individuos ni aun el escudo que defiende.

Así, señores, el sistema de Platón no es un sistema falso sino porque es un sistema incompleto. Pero los errores pasan, las verdades constituyen el patrimonio del género humano, y el Gobierno representativo, que para conducirlo en la carrera de la perfectibilidad está dotado de una fuerza de asimilación poderosa, se asimilará, para completarlas, todas las verdades incompletas que han engendrado los siglos.

Si entre los filósofos de la antigüedad sólo Platón podía revelarnos el dogma político, social y religioso del Oriente, entre los de la Europa de nuestros días hay muchos que pueden enseñarnos cómo se conduce la víctima al altar, y cómo se sacrifican los derechos de los pueblos al derecho divino de los reyes.

Entre todos, quizá Bonald es el que ha formulado la teoría del despotismo más una, más lógica y más completa; si á esto se añade que él es el que mejor refleja á Platón, no extrañaréis que sea de él del que me ocupe en este momento.

Bonald, como Platón, para explicar la sociedad y el hombre, recurre á una trinidad metafísica que los abarca en su seno. Según él, la fórmula de causa, medio y efecto es la más general posible, comprende todos los seres y explica todos los fenómenos y todas sus categorías. De ésta deduce otra tan general en su esencia, y es la siguiente: toda causa es al medio lo que el medio es al efecto; lo que quiere decir que la causa obra sobre el medio para determinarle, como el medio obra sobre el efecto para producirle. Dios es la causa más general y absoluta, y la naturaleza con todos sus fenómenos es el efecto más universal y más absoluto también. Entre las naciones antiguas, sólo la sociedad hebrea tuvo una idea de la causa, es decir, de Dios. La sociedad griega y la sociedad romana sólo tuvieron idea de la universalidad de los efectos, pero no de Dios, que es su causa; por eso dice Bonald que la sociedad hebrea es la más fuertemente constituida entre todas, y para probarlo cita en su abono la milagrosa existencia del pueblo judío,

que ha visto pasar delante de sí las sociedades humanas como vapores que se disipan, mientras que él solo, dotado de la inmortalidad porque adora á Dios en el tabernáculo, vive sin que le abata el infortunio, vive sin que las tempestades le arrebatan, vive sin que las revoluciones le conmuevan.

La sociedad griega y romana es á la sociedad hebrea lo que la sociedad hebrea es á la sociedad cristiana; porque si la primera sólo conoció el efecto, es decir, la naturaleza física, y la segunda el efecto y la causa, es decir, la naturaleza física y á Dios, la última, habiendo conocido á Dios y á la naturaleza, ha conocido también á Jesucristo, que es el medio universal que los abarca. Desde entonces la verdad se ha manifestado al hombre sin velos, y el género humano conoce cuanto hay que conocer y espera cuanto hay que esperar.

No solamente la sociedad cristiana es más perfecta que las sociedades antiguas, porque es la única que ha conocido á Jesucristo, sino también porque ha conocido mejor que la hebrea á Dios, y mejor que la griega y la romana al hombre; y ha conocido mejor á Dios y al hombre porque la antigüedad, no habiendo tenido un término medio que enlazase la inmensidad del primero con la pequeñez del segundo, no pudo tener una idea cabal de las relaciones fijas y eternas que los unen; mientras que la sociedad cristiana, habiendo conocido á Jesucristo, que, participando de la naturaleza del efecto y de la naturaleza de la causa, fué representante sublime de la Divinidad y del género humano, vió reunidos en un solo punto los dos polos del mundo moral, y por una intuición maravillosa tuvo el conocimiento de las leyes que los ligan. Veamos cómo Bonald constituye las sociedades con estos principios.

Ante todas cosas niega al hombre el derecho y el poder de crear una Filosofía y una Constitución, y niega que las diversas sociedades deban ser gobernadas por Constituciones diversas. Una es la verdad: uno el género humano: una la constitución que le es propia, y que exclusivamente le conviene. ¡Desgraciado del siglo que inventa Constituciones é innova en

materia de deberes! En moral, toda doctrina que no es tan antigua como el hombre es un error; en política, toda Constitución que no realice en la sociedad la trinidad de la causa, del medio y del efecto, ó que turbe las relaciones necesarias que existen entre estos términos fatales, es una Constitución efímera, y que, levantada sobre arena, el viento se llevará.

¿Cómo se realiza en el hombre su trinidad necesaria? Se realiza por medio de la inteligencia que le manda, por medio de los órganos que le sirven, y por medio de los objetos en que estos órganos se ejercen. ¿Cómo se realiza en la sociedad? Se realiza por medio de tres personas necesarias, que son las que la constituyen: el poder, que es la causa; el ministro, que es el medio, y el súbdito, que es el efecto. En la sociedad doméstica el padre es la causa, es decir, el poder; la madre es el medio, es decir, el ministro; el hijo es el efecto, es decir, el súbdito. En la sociedad pública el rey es la causa, es decir, el poder; la nobleza que produce magistrados ó combatientes, el medio, es decir el ministro; y el pueblo el efecto, es decir, el súbdito. En la sociedad religiosa, Jesucristo es el poder, el sacerdote el ministro, el pueblo cristiano el súbdito.

Esta es la constitución primitiva, eterna, invariable y necesaria de Bonald. ¿Cómo se vicia esta constitución? Se vicia siempre que se supriman algunas de las personas necesarias, y siempre que se alteren sus relaciones, que son necesarias también. Se vicia la constitución del hombre siempre que, en vez de considerarle como una inteligencia servida por órganos, se le considere como un organismo dotado de inteligencia; porque entonces se traslada la soberanía de su inteligencia, que es la causa ó el poder, á la organización, que es el medio ó el ministro. Se vicia la constitución de la sociedad doméstica siempre que es permitido el divorcio, porque en él se suprime una de las personas sociales y necesarias, y siempre que se afirma que el hijo nada debe al padre luego que llega á su mayor edad, porque suprimiendo al súbito, la sociedad queda también suprimida. Se vicia la sociedad pública siempre que al poder, es

decir, al soberano, se le imponen obligaciones, y siempre que se suprime el ministro, es decir, el patriciado ó la nobleza. Se vicia la sociedad religiosa por el presbiterianismo, que, no imprimiendo carácter de consagración á sus ministros, los anula. En fin, se vicia la constitución natural de todos los seres cuando, confundiendo la causa con el efecto, se niega la existencia de Dios ó se la confunde con la existencia del mundo.

Por el contrario, se conserva la constitución natural y primitiva siempre que se considere á Dios como causa, á Jesucristo como medio, al universo como efecto. Se conservará la constitución de la sociedad religiosa siempre que se admita la consagración del ministro, consagración que le liga perpetuamente á la Divinidad y á los fieles. Se conservará la constitución de la sociedad pública con la ausencia de las instituciones populares. Se conservará la constitución de la sociedad doméstica consagrando la indisolubilidad del matrimonio y admitiendo el principio de que los hijos están ligados perpetuamente por medio de deberes con sus padres. En fin, se reconocerá la constitución natural del hombre siempre que se le defina *una inteligencia servida por órganos*.

Ya veis, señores, que Bonald es el eco lejano de Platón. Los magistrados, los guerreros y el pueblo se traducen fácilmente en poder, ministro y súbdito. La razón, el valor y las pasiones pueden traducirse también en inteligencia, órganos y acción. El despotismo es uniforme, porque la inmovilidad es su ley; para él modificarse es morir, y está ciertos de que siempre que se modifica, degenera; siempre que se mueve, se mueve hacia su sepulcro; y cada vez que da un paso hacia su sepulcro, la libertad da un paso hacia su trono.

Constituídas las tres personas sociales, veamos cómo se mueven, y cuáles son las condiciones de su perpetuidad.

El poder, según Bonald, es el ser que quiere y que obra para la conservación de la sociedad. Su voluntad se llama ley; su acción se llama Gobierno. Quiere por sí mismo; obra por medio de sus ministros, que sirven (*ministrant*) para ilustrar

la voluntad del poder y para realizar su acción en el súbdito, produciendo así el bien general, que debe ser el término de la voluntad del poder y del servicio del ministerio público.

Antes de pasar adelante me permitiréis que haga aquí una observación. Si el poder y el ministerio público son medios, como Bonald afirma, y el bien general es fin, el último sólo es necesario, y los primeros deben sufrir las modificaciones que sean convenientes para su realización, puesto que sólo para su realización existen. Su existencia es necesaria, porque sin ellos el bien general no puede realizarse; pero el mismo Bonald confiesa en otra parte que el poder puede estar en manos opresoras, y el ministerio público en manos degradadas; siendo esto así, el bien general, que es el único necesario en su esencia, no podrá, sin embargo, realizarse sin garantías contra las personas que deben realizarle: garantías que sirven á un mismo tiempo entonces para producir la felicidad del súbdito, y para conservar puro el ministerio y el poder. Bonald estaba, sin duda, muy lejos de creer que sancionaba con sus propios principios la intervención del pueblo (es decir, del súbdito) en la voluntad y en las acciones de la autoridad, que él ha hecho omnipotente.

Como la menor alteración en la ley política del Estado la viciaría, Bonald, para fijarla de un modo irrevocable, quiere que el poder sea uno, que resida en varón, y que sea propietario y perpetuo, porque sólo así su existencia está asegurada y su independencia es una verdad. Quiere que el ministerio público sea el patrimonio inajenable de una corporación, porque sólo las corporaciones no se extinguen: esta corporación es la nobleza, y la nobleza deberá ser propietaria, no sólo porque así será independiente, sino también porque saliendo del estado doméstico en que el súbdito solo trabaja para sí para entrar en el estado público en que los hombres sólo trabajan para servir al Estado, su misión sería irrealizable é imposible si, careciendo los nobles de bienes de fortuna, tuviesen que pensar en sí propios antes que en la salvación de su pa-

tria; el *forum* debe ser su habitación: sólo el súbdito queda relegado en sus hogares domésticos.

Para que no exista en la sociedad ningún elemento de fuerza al servicio de la libertad humana, la educación será pública, uniforme, universal y perpetua. La dispensará el Estado, y la dispensará por medio de una corporación religiosa; porque sólo una corporación religiosa conserva un fondo común de ideas, un fondo común de tradiciones, y ligada por votos y por sacrificios, puede enseñar con su ejemplo la práctica de los deberes.

Sólo los jesuitas, según Bonald, reunían todas las condiciones necesarias para desempeñar tan grave cargo cabal y cumplidamente; su extinción le parece que es una calamidad pública y una falta irreparable.

En fin, después de haber constituido la sociedad establece la teoría de la responsabilidad del poder de esta manera. El poder de la sociedad doméstica, es decir, el padre, sólo responderá de sus acciones ante el poder de la sociedad pública, es decir, ante el monarca; y el poder de la sociedad pública, es decir, el príncipe, sólo responderá de sus acciones ante Dios, único poder que tiene derecho de juzgar á los poderes sociales, porque es el único que tiene en su mano el corazón de los reyes.

Así, señores, Bonald se lo ha robado todo al hombre, menos la esperanza que reposa en su seno; la esperanza, que no está sujeta al dominio de los filósofos, ni á la voluntad de los tiranos. Bonald, como Platón, ha desconocido el organismo de la sociedad confundiendo la idea del poder, buena en sí y necesaria, con el poder práctico que necesita de limitaciones si no ha de degenerar en una monstruosa tiranía; le ha desconocido porque quiere fijar á la sociedad en el suelo, cuando su destino es marchar, como un noble combatiente que no reposa nunca, á la conquista de la civilización y de la perfectibilidad humana; le ha desconocido haciendo de la sociedad un lago inmóvil, sin saber que la inmovilidad es la muerte. El orden

reina en su sociedad como reina en Varsovia, como reina en el sepulcro; el orden de Varsovia y el orden del sepulcro no es orden, es silencio; y si ese silencio llega á ser interrumpido, no lo será ciertamente por la brisa suave de las reformas, sino por el huracán terrible de las revoluciones. Nada hay, señores, más espantoso que el silencio de un pueblo, siempre présago de desventuras: cuando todo un pueblo calla, prestad un atento oído y escucharéis antes de mucho su explosión y el gemido de sus víctimas.

No concluiré, señores, sin hacer una observación importante. Cuando Bonald escribía, la revolución francesa había espantado ya al mundo con sus crímenes. Cuando Platón, con sus ojos fijos en las Pirámides, esos sepulcros de los reyes, echaba los cimientos de su república, ese gran féretro de la libertad humana, había visto los reveses de la expedición de Sicilia, había presenciado los excesos del pueblo, el desbordamiento de la democracia, cómplice de la elevación del joven inmoral y petulante que la conducía al abismo después de haber profanado sus templos y mutilado las estatuas de sus dioses; había presenciado, en fin, la muerte del justo y la indiferencia del pueblo, el martirio de Sócrates y el crimen de Atenas: ¿creéis vosotros, señores, que los libros de Platón y de Bonald son otra cosa que una protesta sublime, una reacción injusta, como todas las reacciones contra los excesos de la muchedumbre? ¿Creeréis, por ventura, que no se encierra una lección terrible en este *similiter cadens* de los acontecimientos humanos?

Señores, fuerza es confesarlo: la razón nos dicta y la Historia nos enseña que todo poder, el de los pueblos como el de los reyes, perece por un suicidio. Cuando en nombre de la libertad se proclama el terror; cuando en nombre del pueblo se pide el ostracismo, la inteligencia se retira de esa obra de maldición y deja la sociedad abandonada á la merced de los bárbaros; entonces la duda, ese marasmo del mundo moral, se apodera de algunas inteligencias que, dotadas de fe poco ro-

busta en la perfectibilidad del hombre, no creen en la libertad ¹, porque la miran en un momento de eclipse, y buscando una nueva fe y una nueva creencia más sólidas y más firmes, las encuentran al pie de los altares y en el derecho divino. Esta situación es horrible, señores; este divorcio entre la libertad y la inteligencia es un sacrilegio, como el maridaje entre la inteligencia y el despotismo, entre la libertad y la anarquía, es una profanación. La inteligencia sin la libertad, es infecunda: la libertad sin la inteligencia desfallece y se extingue; para que vivan unidas, suprimid los escándalos que presiden siempre á su divorcio. ¿Queréis que el despotismo sea imposible? ¿Queréis que la libertad viva dotada de una juventud eterna? Pedid al cielo para el despotismo las reacciones, para la libertad la templanza, para el despotismo excesos, para la libertad justicia, porque sólo la justicia y la templanza tienen un porvenir: los excesos y las reacciones no le tienen.

¹ Cuando así hablaba Donoso, creía sin duda en la falsa libertad, y su fe en Dios era harto débil; mas andando el tiempo, gracias á la divina misericordia, que ilustró su mente, la moderna libertad se ofreció á sus ojos tal como es, como rebelión de la voluntad y licencia criminal de las pasiones contra las leyes de Dios y de la Iglesia.—
(NOTA DE ESTA EDICIÓN.)